

Cogí la corneta... y no sabia tocarla.
quereis ahora que os haga son para bailar.

P. A. DE ALARCON.

SONETO.

La muerte, y el amor con brazo alterno,
En la paz de Dios hombre forman guerra,
Infundió amor, pasión, en quién no yerra,
La muerte hizo mortal al que es eterno.

Ciñóle amor en puro pecho tierno,
Muerte en sepulcro intacto, y fiel le encierra
Venir le hizo el amor hasta la tierra,
Bajar le hizo la muerte hasta el infierno.

Amor obliga á Dios que de amor muera,
Muerte al que vida es su harpon dispara,
Pero el amor venció á la muerte fiera.

porque al Alcides que mi afán repara
La muerte hizo en la cruz que se partiera,
Y en la hostia del amor, que se quedara.

R. S.

MEDITACION.

Resbala en el seno mio
una lágrima, es de amor,
como en la rosa de estío
hay en el alma rocío...
—el rocío del dolor.—

J. A. DE ALCÁNTARA.

AL MONSENY.

Monseny, roca gigante
Que al cielo elevas la cerviz cubierta,
¡Cómo envidia mi frente delirante
La eterna nieve de tu blanca cresta!
En tu salvaje falda
Abrí los ojos á la luz del día,
En tus verdes alfombras de esmeralda,
Dormí las siestas de la infancia mia:
Allí, una humilde cuna
La queja oyó de mi inocente llanto,
Dormitando á los rayos de la luna
Al blando arrullo del materno canto.
Allí, con mano tarda,
Mi anciano padre santiguó mi frente,
Y al implorar al ángel de mi guarda,
Sus lágrimas brotaban tristemente,
Allí, me enseñó errante,

Á montar mi arcabuz en las montañas,
Y á detener el javalí espumante,
Hundiendo mi cuchillo en sus entrañas,
Y en cabañas furtivas,
Mandar el plomo que el fusil exhala
A tumbar las gacelas fugitivas
Con el certero golpe de las balas.
Allí, so pobre losa,
En santa paz descansan mis abuelos,
Sin que turbara su existencia hermosa
Mas tempestad que los nublados cielos.
Monseny!, Monseny!, cuando vuelva

De esta triste romería,
Coronada el alma mia
Con espinas de aflicción,
No me verás ya en las riscos
Tregar aguerrido y fuerte:
Traigo una herida de muerte
Que me parte el corazón.

En vapo mis fieles perros,
En los jarales ladrando,
Me señalarán jadeando
El rastro del javalí.
Me verás llegar sin alma,
Y habrá solo en tu camino
La sombra de un peregrino
Que busca un sepulcro en tí,

El mugir de tus torrentes,
Los rudos ecos extraños
De seculares castaños
Batidos del aquilon,
La nieve de tus inviernos,
Que es menos helada y densa
Que esta soledad inmensa
Que abruma mi corazón.

Iré á pedir un espacio
A la solitaria tierra
Que las cenizas encierra
De los que me han dado el ser;
Y, hasta estrangero en mi tumba,
Me iré del mundo sin huella;
Ay! ni las lágrimas de ella
ha vendrán á humedecer.

Vuelvo, ¡oh Padres! como un naufrago,
A la tierra de mi infancia:
En vuestra sùnebre estancia
No me negueis un lugar,
Ni me preguntéis qué ha sido
De la paz del alma mia...
Se quedó en el Medio-día
Sobre las olas del mar.

F. CAMPRON.